AMPARO MORENO SARDA

La subjetividad oculta de la objetividad o la esquizofrenia académica.

Al pensar estos días en lo que me propongo explicaros esta tarde y en que muchas de las asistentes seguramente os encontrais en plena batalla con vuestra Tesis Doctoral, he recordado una mañana luminosa y cálida, poco después de haber leído yo la mía, hace ya ocho años, en la que me dirigía a los comedores de la Universidad en Bellaterra, y de pronto noté las plantas de mis pies como no recordaba desde hacía tiempo. Aquel cosquilleo que subía por mis piernas en contacto con la tierra me hacía constatar en mi propio cuerpo la validez de la sospecha - o hipótesis - que había des-cubierto y me había propuesto explicar en mi Tesis, pero que, a medida que me había sumergido en su elaboración durante tres largos años, había tenido que reducir a abstracciones pertinentes académicamente hasta hacerla irreconocible, hasta casi olvidar todo su alcance. Algo que los griegos expresaron simbólicamente, de forma clara, hace más de dos mil años, pero que hoy no re-conocemos con tanta nitidez: que a semejanza de Zeus, varón que engendra de su cerebro sin intervención de mujer a una virgen que nace armada y es la madre de los ciudadanos de Atenas, así el logos es alumbrado desde un cerebro que dice en contra de - o contra-dice - lo que la gente conocemos por nuestra experiencia vital: que la humanidad nace de mujer fruto de confusiones eróticas entre mujeres y hombres. De este primer decir en contra de una evidencia vital parecen derivar las restantes contradicciones en que nos atrapa esa racionalidad científica a la que atribuimos una capacidad para conocer y mejorar el mundo en que vivimos que no corresponde con los resulta-

dos que da.

De cómo llegué a estas conclusiones, a partir de qué problemas vividos, de qué pre-supuestos teóricos y de qué soluciones adoptadas, y de las repercusiones que puede tener en nuestras tareas académicas y en nuestras vidas, es de lo que quiero hablar esta tarde para poder compartir todos esos matices que conectan las teorías con las vivencias y que a menudo he tenido que disimular en mi vida académica.¹

Primeros síntomas de esquizofrenia y primeras pistas:

Si entendemos por esquizofrenia no tanto lo que nos dicen las definiciones médicas en sentido estricto, sino esa otra acepción más común que nos habla de disociaciones y escisiones entre lo que vivimos y nuestros pensamientos, mis primeros síntomas agudos se remontan a aquellos años, allá por la década de los setenta, en los que, para poder introducirme en el mundo profesional y político, tenía que comportarme como periodista primero y luego como profesora de la Universidad, hablar científicamente, políticamente, entrelazar racionalmente los argumentos feministas... Al principio la experiencia resultaba atractiva y convincente, al fin y al cabo me estaba convirtiendo en la mujer emancipada que tanto tiempo había soñado, rechazando la feminidad que me habían impuesto. Pero a medida que transcurrió la década, el incremento de las exigencias profesionales y políticas - en aquel ambiente en el que el compañerismo antifranquista fue reemplazado por la más despiadada competitividad y las actividades públicas se multiplicaron y empezaron a ofrecer las primeras compensaciones del ejercicio del poder - arrebatava cada vez más tiempo a mi vida doméstica, que había cambiado decisivamente desde que había nacido mi hija; y ambas facetas empezaron a entrar en conflicto: de tal a tal hora era la periodista que iba a esta rueda de prensa o aquella entrevista o la profesora que explicaba lo que tocaba en aquella clase o la feminista comprometida políticamente que acudía a una reunión o participaba en una mesa redonda o daba una conferencia o escribía un artículo, siempre con una agenda tan apretada que solventaba sus

necesidades cotidianas cuando podía, arrancando algún rato de aquí o allí, durmiendo menos, sin apenas un momento de descanso.

De la mezcla de cansancio personal y estupor ante las ambiciones y conflictos en que degeneraban los mejores propósitos que habíamos defendido desde la izquierda, y ante un feminismo que engrosaba sus filas con conversas que instauraban nuevas secciones femeninas en los partidos, las instituciones y los departamentos universitarios, surgió una profunda desazón que ahondaba cada vez más el abismo entre aquella que ya no tenía tiempo de saber quien era y los diversos personajes que a lo largo del día me tocaba representar. Porque no advertía sólo en los demás la distancia infinita entre teorías y prácticas: tropezaba con ella en mi propia vida, cada vez que abría la agenda y me buscaba tras los distintos personajes que encarnaba, en sus apremios, sus acciones, sus exigencias, sus palabras tajantes, sus gestos rotundos...

Sin embargo, alumna aplicada y respetuosa con las enseñanzas de mis profesores, aunque siempre reflexiva sobre cuanto aprendía, no puse en tela de juicio de forma decisiva el pensamiento racional y científico hasta que, estando encargada de impartir una Historia del Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma, me propuse ampliar el campo hasta explicar el proceso histórico de implantación de la cultura de masas, que es lo mismo que decir las transformaciones históricas contemporáneas desde la óptica de la comunicación social. El hecho de que una alumna me recriminara un día que «mi programa era tan machista como todos los de esta casa» no pude desvincularlo, pues, de otras cuestiones, como el papel de lo que entonces definía como «aparatos ideológicos» en la perpetuación del orden social vigente, o la relación existente entre las distintas divisiones sociales que afectan al sexo, la clase, la raza y la edad, con los estereotipos de comportamiento que reproducen los medios de comunicación de masas, o las diferencias y semejanzas entre la racionalidad del discurso académico y la sentimentalidad alimentada por el sensacionalismo de los productos más genuinos de la cultura de masas... Y así fui adentrándome en las raíces de esas

contradicciones entre lo que decimos y lo que hacemos según dónde y cuándo, más allá y más acá de las exigencias académicas, hasta poder comprender por qué me afectaban tanto.

Mi preocupación por un feminismo que no se redujera a la problemática de la mujer, sino abierto a las relaciones con la organización global de nuestra vida social, favoreció también que, en lugar de tratar de suplir mi olvido y mi ignorancia con estudios específicos sobre las mujeres, me preguntara por ese hombre del que hablan los textos académicos y del que había estado hablando yo hasta entonces convencida de que me incluía: ese hombre que aparece como protagonista de la historia y constituye la noción de lo humano en torno a la que se articulan los textos académicos y políticos. Y al leerlos atentamente tratando de aclararlo, empecé a notar con cuánta frecuencia presentaban como consustancial a lo humano una voluntad de ir más allá en el espacio y el tiempo que en definitiva implica considerar natural el dominio de unos seres humanos sobre otros e incluso los conflictos fratricidas, aunque, eso sí, siempre enmascarado y justificado como fines superiores a alcanzar. Constaté también que ese era el sistema de valores que rige el comportamiento público, que alimenta la competitividad y agresividad necesaria para situarse profesional y políticamente, y que yo ponía en práctica más de lo que me confesaba. Pero, así mismo, me dí cuenta de que mis relaciones interpersonales funcionaban mejor y eran más gratificantes cuando no respondían a ese sistema de valores, sino que se movían por la aspiración al entendimiento armónico conmigo y con mi entorno natural y humano, actitud con frecuencia distorsionada precisamente porque las reglas de juego de la vida pública, agazapadas entre mis pánicos afectivos y mis argumentos racionales, me orientaban a adoptar decisiones acordes con aquel sistema de valores.

Así fue como dí en realizar lo que después llamé ejercicios de lectura crítica no-androcéntrica,² con una expresión que afirma la opción de valorar positivamente y considerar significativo todo aquello que había aprendido a negar y silenciar. Porque fue la decisión de introducir en mis reflexiones académicas el conocimiento obtenido gracias a esas

vivencias armónicas, y la experiencia de la maternidad como manifestación explícita de esa erótica vital, lo que me ayudó a constatar que la noción de lo humano habitual en los textos más diversos del discurso lógico-científico - ese concepto de hombre a partir del cual articulamos nuestra racionalidad - implica valorar como superior todo cuanto se orienta hacia la voluntad de dominar el mundo; y que ésta valoración nos incita a menospreciar como inferior y caótico, a violentar y ahogar, nuestra aspiración al entendimiento gratuito. Y cuanto más apoyaba mis reflexiones en actitudes de entendimiento, cuanto más alimentaba en mi práctica vital esta tendencia y la consideraba significativa para la explicación de nuestra existencia humana, más insistentemente encontraba esa voluntad de dominio como pre-supuesto que viciaba las reflexiones académicas, políticas e informativas, empezando por mis propias argumentaciones habituales, y más me afianzaba en la sospecha de que esa era la clave de todas nuestras contradicciones.

No obstante, al tener que destinar horas y horas a elaborar estas reflexiones de forma que fueran aceptadas como Tesis Doctoral, y a buscar argumentos para afirmar mi sospecha y argumentarla frente a otros - para demostrarla y no simplemente para mostrarla -, no sólo adaptaba mi discurso a las reglas del combate científico, sino que yo misma, aún consciente del juego contradictorio que hacía, dedicaba cada vez menos tiempo a las relaciones interpersonales más gozosas y relegaba, así, al olvido lo más gratificante de mis indagaciones: esa vivencia de cuerpo entero enraizado en la tierra que recobré aquella mañana, recién terminada mi Tesis Doctoral.

La subjetividad oculta de la objetividad

Ciertamente, si leemos atentamente textos diversos que se usan en las aulas, llevando la crítica hasta la autocrítica de nuestros propios hábitos de pensamiento, y analizamos de qué seres humanos y de qué actuaciones nos hablan y cómo, a quiénes y qué se valora positiva o negativamente o se excluye mencionar, podemos notar que el repertorio que puebla estos textos es mucho más restringido de lo que hemos aprendido a creer. No hablan de los diversos seres humanos, ni

tampoco de todos los hombres, sino de aquellos varones adultos de las clases y los países dominantes que ocupan las cúspides de las instituciones públicas del poder o el saber, mientras que aquellas otras criaturas mujeres y hombres que no se ajustan a este patrón son valoradas negativamente, menospreciadas y hasta marginadas al silencio.

Este predominio viril está relacionado con una atención preferente hacia los personajes y actuaciones propios de los escenarios públicos, así como con el grado de abstracción de los textos. Porque, bajo la presunción gramatical de que los masculinos pueden referirse al conjunto de mujeres y hombres, se identifica como concepto de lo humano cuanto en sentido estricto sólo puede atribuirse al universo mental y al sistema de valores de esos actores públicos que actúan al ritmo de la voluntad de dominar el mundo. Es decir: se identifica como natural-superior lo que es propio de esos hombres y hoy también mujeres que, tras el largo y doloroso ritual iniciático escolar, hemos asumido hasta encarnarlo ese modelo de comportamiento viril para poder acceder a los escenarios públicos. Porque al identificar ese modelo viril como si del modelo humano se tratara, éste actúa como un yo ideal, como patrón de nuestro pensamiento racional que rige nuestros actos, como yo consciente al que atribuimos un conocimiento objetivo que, sin embargo, bloquea todos aquellos otros pensamientos nuestros que hemos aprendido a rechazar como irracionales.

Esta valoración positiva de este modelo humano particular que podemos definir como un arquetipo viril ³, y su tratamiento como si de lo humano se tratara, se apoya en la utilización ambigua de otros conceptos fundamentales (civilización, política, economía, cultura, religión...), así como en el orden valorativo-textual propio de la racionalidad, en «el orden del discurso», en términos de FOUCAULT ⁴. Y con estos ingredientes se construyen textos en los que se consideran superiores aquellas formas de comportamiento y aquellas actitudes orientadas por esa voluntad de dominar el mundo, a la vez que se menosprecian aquellas otras actuaciones y actitudes que no se ajustan a semejantes propósitos. De modo que aprendemos a creer que sólo si adecuamos

nuestro comportamiento personal y colectivo de acuerdo con este sistema de valores nos convertimos en agentes de la vida social y protagonistas de la Historia, de lo contrario diríase que simplemente la padecemos.

He aquí la subjetividad que se oculta tras la máscara de la objetividad, de la racionalidad científica y política.

El sustrato mítico de la racionalidad

La realización de estas lecturas nos acerca, poco a poco, desde lo que los textos valoran positivamente hasta lo que valoran negativamente e incluso marginan al silencio. Y a medida que rastreamos esas negaciones, empezamos a ampliar nuestro campo comprensivo hasta descubrir que lo que hemos aprendido a valorar positivamente no es más que una de las manifestaciones de la existencia humana: una manifestación que - a pesar de lo que hemos aprendido a creer - cabe considerar anti-humana, ya que define como superior la voluntad de unos seres humanos de dominar a otros, para lo cual necesita calificar como inferiores aquellas actuaciones humanas que no responden a semejantes propósitos.

De este modo vamos pasando de una lectura lineal a otra de carácter simbólico, jugando con las relaciones que propone el texto y buscando las asociaciones y condensaciones de imágenes que suscita, hasta des-velar las articulaciones profundas de su sistema de valoraciones positivas que niegan y de negaciones que permiten afirmar. Y es así como advertimos que, bajo la linealidad argumental de esta racionalidad que exalta la prepotencia viril (racista, clasista, adulta y sexista), subyace una estructura simbólica profunda que articula negaciones/ afirmaciones, un universo simbólico complejo y coherente en el que una valoración positiva sugiere su inversa valoración negativa y vice-versa: un sistema de valoraciones no explicitado que nos conduce a relacionar in-conscientemente lo que argumentamos con lo que sentimos y cómo lo sentimos...

Nos encontramos, pues, ante un sustrato de pensamiento que podemos considerar de carácter simbólico-religioso, sacral, ya que nos incita a que adecuemos lo que sentimos según su dictamen de lo que no debe/lo que debe ser; ese sustrato simbólico que linda con profundos pánicos y conecta con esa angustia que retumba en nuestro cuerpo hasta persuadirnos de que debemos ajustar nuestro comportamiento de acuerdo con lo definido como superior; en consecuencia nos disuade de que podamos vivir de otras formas so pena de incurrir en el amenazante caos, e incluso nos convence de que cuanto hacemos en el tratar de vivir humano de cada día que no se orienta a proyectos superiores, sólo es digno de ser valorado negativamente o silenciado por pudor.

En definitiva, las lecturas críticas no-androcéntricas nos permiten percibir las argumentaciones racionales como un sistema simbólico que al justificar pormenorizadamente dónde, cuando, cómo, por qué y para qué debe ser... lo que hemos aprendido a creer que debe ser, se engarzan con ese otro sistema mítico-religioso de acuerdo con el cual hemos aprendido a ajustar lo que sentimos a la medida de lo que define simbólicamente que no debe ser/debe ser. Y es así como estas argumentaciones racionales, al forzarnos a menospreciar y acallar todo aquello que no nos permiten nombrar, refuerzan los pánicos sagrados que bloquean inconscientemente nuestro cuerpo hasta impedirnos reconsiderar si cuanto hemos aprendido a creer que no debe ser, a valorar negativamente y excluir de nuestros pensamientos, contiene posibilidades de existencia humana más humanas de las que hoy vivimos y valoramos...

Por eso, cuando intentamos encontrar alternativas a esta racionalidad sin salirnos de su propia lógica, o reemplazar el rigor de la razón por el no menor rigor del pensamiento religioso, a menudo naufragamos en los mismos dogmas. Porque es inútil hacer ver que lo irracional no existe o no nos afecta y ahogar nuestros pánicos: sólo perdemos el miedo a algo cuando percibimos al fin la desproporción entre sus dimensiones tangibles y las que imaginariamente le otorgábamos. Por tanto, si el aprendizaje de esta mito-logía consigue escindirnos entre lo

que sentimos y lo que hemos aprendido a argumentar que debe ser, y bloquear nuestros gestos hasta restringir nuestra capacidad de sentir e imaginar otras posibilidades de existencia..., su desaprendizaje requiere nuevas prácticas que re-vitalicen nuestros cuerpos hasta poder al fin re-conocer la vida y re-conocernos a flor de piel.

La humanidad nace de mujer

Esta es la falacia que vicia muchos textos que propugnan transformaciones sociales, incluidos los de carácter feminista.

Una relectura crítica no-androcéntrica de *El Segundo Sexo* de Simone De Beauvoir⁵ - esa obra que un día me había ayudado a reconocerme igual que los hombres, es decir, no inferior a ellos - me permitió comprender hasta qué punto aquellas mujeres que hemos pasado el ritual iniciático escolar hemos asumido también ese arquetipo viril como yo consciente, y cómo nos afecta, qué repercusiones tiene en nuestra conciencia de mujeres:

«La peor maldición que pesa sobre la mujer - concluye la autora - es estar excluida de esas expediciones guerreras: el hombre se eleva sobre el animal al arriesgar la vida, no al darla; por eso la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata y no al que engendra».

¿De qué hombre, de qué mujer, de qué humanidad habla la filósofa? De la mujer con la que rechaza identificarse y de ese hombre con el que aún siendo mujer se identifica, de esa «humanidad» que «otorga superioridad al sexo que mata, y no al que engendra», expresión que no desmerecería en cualquier discurso del más puro belicismo viril. Y es que reivindica «ser reconocida como existente al mismo título que los hombres, y no someter la existencia a la vida, el hombre a la animalidad», porque deplora que «en la maternidad la mujer permanezca adherida a su cuerpo como el animal».

Lo que asume y propugna Simone de Beauvoir es, pues, esta valoración negativa del potencial reproductor de la mujer y hasta la propia

carnalidad, contrapunto simbólico indispensable para definir positivamente a ese «macho creador».

Y, para alimentar su credulidad, no duda en afirmar que «la categoría del otro es tan original como la conciencia misma», y que «la alteridad es una categoría fundamental del pensamiento humano. Ninguna colectividad se define nunca como una si no coloca inmediatamente al otro enfrente de sí... El sujeto no se plantea si no es bajo forma de oposición, pues pretende afirmarse como lo esencial y constituir al otro en inesencial, en objeto».

Aunque también podemos pensar que, a la inversa, otorga credibilidad a este sistema simbólico que la atrapa entre la afirmación que niega y la negación pronunciada para poder afirmar, porque asume ese yo consciente que se pretende superior al otro para poderse legitimar en la cúspide de la organización social, hasta el punto de generalizarlo como humano, para no dejar ya resquicio alguno a la duda.

Pero ahora ya no podía yo compartir su sistema de valores. Porque, aunque mi experiencia en el foro público me habían familiarizado con él, mis relaciones personales y especialmente mi maternidad me suministraban otras pistas, vivencias al fin también de hembra a mi cuerpo adherida. Y al leer y releer los textos académicos replicaba satisfecha: la humanidad nace de mujer. Sin que me tentara siquiera el juego de invertir los términos, desde los pálpitos de mi cuerpo entreabierto.

Nacida de mujer. He aquí la clave que me proporcionó un día Adrienne Rich.⁶ Y en *El no de las niñas de Marthe Moia*⁷ encontré rastros de formas de existencia humana que aceptaban re-conocerse nacidas de mujer sin que ningún dogma enturbiara esta evidencia. Y me descubrí celebrando con ellas mi tránsito de licenciado a mujer que reflexiona sobre nuestro mundo.

En verdad, nuestro conocimiento vivencial nos dice que nacemos de entrañas maternas... Pero hemos aprendido a reconocernos descen-

dientes de varón, a creer que la cultura humana es producto viril. Y lo peor no es que los textos proclamen que en el principio fue el Padre, Zeus, Yahve... el Cazador... Lo peor es que de este modo aprendemos a creer que la voluntad de unos seres humanos de dominar a otros es natural, consustancial a la existencia humana. Más aún: esta creencia alimenta el menosprecio por nuestra capacidad y aspiración humana al entendimiento gratuito, al identificarla como inferior.

No se trata, pues, de un simple travestismo sexista. En la medida en que, como explica VIGOTSKY, al acceder a la adultez pasamos de «razonar recordando» a «recordar razonando»,⁸ esto es, a no recordar ya conscientemente nada más que lo que hemos aprendido a ordenar racionalmente, asumir el dogma conceptual del arquetipo viril implica asumir su sistema de valores y el universo mental propio de esos seres humanos que pretenden dominar a otros, ese sistema simbólico mito-lógico que traduce nuestra capacidad de entendimiento en fórmulas propias de quienes se consideran con derecho a dominar el mundo: implica, pues, adoptar su punto de vista hasta re-accionar, gestual y verbalmente, emocional y racionalmente, de acuerdo con semejantes propósitos.

Pero el antídoto no es patrimonio de las mujeres, ni está en la maternidad, sin matices, al menos no en aquella feminidad y aquella maternidad que me había angustiado hasta rechazarla e impulsarme a buscar una forma distinta de ser mujer; que siempre he sospechado que bajo unos ademanes sumisos y serviles, aparentemente ingenuos, esconde su complicidad con la prepotencia viril: que aunque los hombres y las mujeres adultos representan papeles antagónicos, suelen apoyarse mutuamente y reforzarse frente a las criaturas o frente a los seres humanos de otras clases, de otros pueblos. Y la vivencia de la maternidad, ya como madre, me permitía constatar hasta qué punto este papel está impregnado también de fantasmas animados por la voluntad de dominio. ¡Cuántas veces me sorprendía a mi misma enarbolando las mismas amenazas que tanto pánico me habían infundido en la infancia! ¡ Y qué sutilmente se agazapa este modelo de mujer temerosa de que le desborde su carnalidad, jerárquica y posesi-

va, etnocéntrica, clasista y adulta, en muchos de los textos feministas!⁹

No hay que olvidar que, en nuestra cultura, el modelo positivo de mujer está simbolizado en una madre-virgen que, en palabras de San Agustín,⁽¹⁰⁾ no procrea hijos de la carne, sino hijos de la promesa. Una hembra que se afirma negándose a identificarse con esas otras a las que califica de cualquiera y que asume esa maternidad virginal (que suele ser además hipócrita), paradoja imaginaria y contra-dictoria de nuestros impulsos eróticos, para distinguir entre hijos legítimos e ilegítimos, entre herederos y desheredados. No en vano, el tabú del incesto, que bloquea la tendencia a la comunicación y con-fusión carnal, es el gran cancerbero del sistema jerárquico capaz de transmutar las relaciones de tú a tú en relaciones adecuadas a los objetivos posesivos, jerárquicos y expensivos. Y, sin una madre que imponga a sus criaturas carne de su carne unas distancias jerárquicas y les enseñe a sacrificar lo que les agrada sentir porque no debe ser, difícilmente aceptaríamos sacrificar nuestra capacidad erótico-vital y nuestra tendencia al entendimiento en aras de esa voluntad de dominar el mundo simbolizada como lo que debe ser, conceptualizada como lo que es: por tanto, a duras penas nos doblegaríamos a esa ley del padre que dictamina minuciosamente dónde, cuándo, cómo, por qué y para qué debemos actuar según lo que debe ser.

La asimilación en la primera infancia y en el ámbito familiar y privado de una sentimentalidad posesiva y jerárquica, aparece como requisito imprescindible para asumir esa racionalidad adulta que ordena nuestro pensamiento consciente y rige la vida pública, política y mercantil. Y el sistema patriarcal, tal como se manifiesta en nuestra cultura, ha simbolizado uno y otro sustrato de pensamiento en torno a una madre y un padre cuya alianza matrimonial se orienta a perpetuar el orden patrimonial, fundamento del dominio etnocéntrico y clasista del mundo.

Por eso, al llegar a este punto los fantasmas se multiplican y abren sin piedad las heridas de nuestra infancia que más nos escuecen. Porque aquí topamos con los sentimientos que nos hemos habituado a asfixiar, con toda la irracionalidad en la que se fundamenta nuestra racionalidad.

dad y que hemos aprendido a ahogar: con esa sacralidad que al retumbar en nuestras entrañas conmueve nuestra afectividad primaria hasta provocarnos tanta angustia que reaccionamos sin querer inmolando nuestros impulsos en aras de lo que debe ser. No en vano, los dogmas asumidos desde la infancia se anclan en lo más hondo de nuestra conciencia vivencial. Son difícilmente cuestionables. Porque la dogmática impide dudar de las creencias que impone: se impone como sistema de creencias. Y ponerla en crisis e intentar desaprenderla implica arriesgarnos a prescindir de ortopedias con las que nos hemos habituado a vivir... aunque se hayan convertido en hechuras asfixiantes.

Quizás en esto consiste la adultez: en reaccionar al son de los pánicos que mecieron nuestra infancia... haciendo ver que no nos afectan, como si ya no nos doliera doblegarnos a sus exigencias y colaborar en la reproducción generacional de las injusticias de nuestra sociedad.

Reconcillarnos con las criaturas que en el fondo somos

No se trata, pues, de refugiarse en el reducto privado de la feminidad o en la máscara de la virilidad adultas. No basta con tratar de suplir con investigaciones específicas sobre las mujeres la ignorancia y el silencio del saber académico, porque podemos desembocar en un discurso impregnado por el mismo sistema de valores posesivo, jerárquico y expansivo, racista, clasista y adulto aunque con cara de mujer.

Hay que abandonarse a esas situaciones en las que, sin saber cómo, permitimos que alguna criatura nos haga desistir de nuestras actitudes prepotentes y ejercitarnos mil veces en desaprender papeles hasta desvanecer nuestro miedo al ridículo, para resucitar así nuestra conciencia de que mujeres y hombres no somos más que criaturas nacidas de la confusión erótica de otras criaturas y reconciliarnos con nuestro yo erótico-vital y su visión del mundo. Hay que alimentar las actitudes humanas más solidarias y generosas, más amistosas y cálidas, tangibles y carnales, para podernos vivir como esas criaturas que en el fondo somos, ya sin temor a reconocernos y confundirnos a ras de piel.¹¹

notas:

1. Quiero agradecer a Lola G. LUNA su amabilidad por invitarme a participar en el programa de doctorado que ha dirigido en la Universidad de Barcelona sobre *Dones: gènere i poder*, que me ha permitido compartir y debatir todas estas cuestiones con Isabel ALONSO DAVILA, Ana María ALONSO GUILERA, Maribel ARAYA SOSA, Angels CANDELA GARCIA, Maria Teresa CRESPO ANTON, Núria ESCUDE MASSIP, Elena GARCIA ESCUDERO, Ana Maria JIMENEZ MUÑOZ, Elena LAURENZI y Elizabeth URIBE PINILLOS.

2. Ver MORENO SARDA, A., *El Arquetipo Viril protagonista de la Historia. Ejercicios de lectura no-androcéntrica*, LaSal, Barcelona, 1986.

3. Sobre las repercusiones que tiene esta noción de lo humano en el pensamiento académico, y la opacidad con que se presenta hoy, ver MORENO SARDA, A., *La otra 'Política' de Aristóteles. Cultura de masas y divulgación del Arquetipo Viril*, Icaria, Barcelona, 1988.

4. Ver especialmente FOUCAULT, M., *El orden del discurso y Arqueología del saber*, aunque su actitud no está exenta de prejuicios androcéntricos que le hacen caer en el determinismo.

5. DE BEAUVOIR, S., *El segundo sexo*, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1968, 2 vols.

6. RICH, A., *Nacida de mujer. La crisis de la maternidad como institución y como experiencia*, Noguer, Barcelona, 1978.

7. MOIA, M., *El no de las niñas. Feminario antropológico*, LaSal, Barcelona, 1981.

8. Citado por LURIA, A. R., en *Los procesos cognitivos. Análisis sociohistórico*, Fontanella, Barcelona, 1980.

9. Un ejemplo de cómo puede asumirse este modelo de mujer adulta, etnocéntrica y clasista, desde posiciones feministas críticas con el propio feminismo, puede verse en la obra del colectivo de la librería de Milán, *No creas tener derechos*, publicado en castellano en los Cuadernos Inacabados de la Editorial Horas y Horas, Madrid, 1991.

10. SAN AGUSTIN, *La Ciudad de Dios*.

11. Este planteamiento, puede encontrarse ms desarrollado en MORENO SARDA, A., *Pensar la historia a ras de piel*, Ediciones de la Tempestad, Barcelona, 1991.